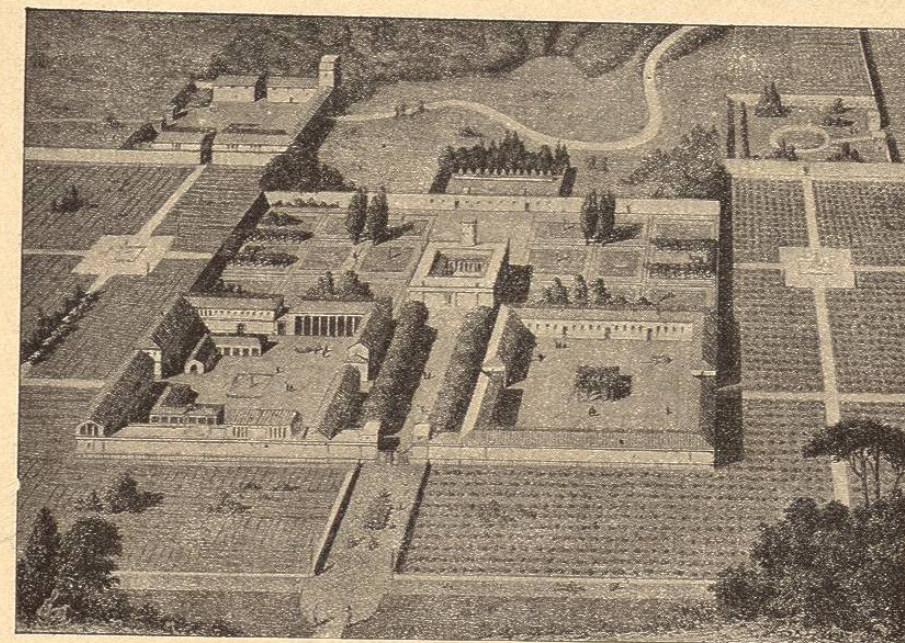


la torpe necesidad de sufrir, los frailes occidentales se apartaban de las multitudes urbanas, no tanto para orar y entregarse á la contemplación, como para sustraerse á los peligros de la guerra y de la opresión universal. Habiendo sido devastadas las tierras y las ciudades tomadas por asalto, el porvenir se presentaba tan amenazador como el pasado había sido desastroso, y era natural que los jóvenes y los ardientes quisieran librarse de la beata resignación de los débiles y huir de los lugares peligrosos de paso seguidos por las bandas guerreras. Eligieron, pues, lugares apartados para establecerse sobre tierras abandonadas fáciles de defender, y, sin pedir permiso á ninguna autoridad, ni siquiera á los obispos, grandes señores tan temibles como los guerreros, se agruparon en comunidades libres, aportando cada uno su pequeño haber. Viéronse surgir por todas partes, en las comarcas más pobres y desoladas de Occidente, monasterios de trabajadores semi-famélicos y de una ignorancia perfecta, que fueron los núcleos primitivos y populares de instituciones monacales, destinadas á transformarse profundamente después ¹.

Otra causa, sobre todo en las partes más cultas del antiguo imperio, favoreció el nacimiento de las comunidades de frailes: hombres relativamente instruídos, dominados por el recuerdo de la pasada gloria, se unían para conservar lo que podía ser conservado de la antigua sociedad latina. Los monasterios fundados por ellos eran otras tantas Romas en pequeño que se constituían en recintos inaccesibles á los bárbaros, retenidos, por otra parte, fuera, por el respeto, quizá también por el temor, de los sortilegios y de las oraciones mágicas. El retiro escogido por los monjes tomaba entonces el carácter de una quinta romana, sólo que en vez de pertenecer á un patricio rodeado de esclavos, era propiedad de cierto número de socios que ponen en común su pequeño capital y sus esfuerzos para vivir en un bienestar relativo y conservar los goces delicados de la vida civilizada. No trabajaban sus tierras por sí mismos y las confiaban á colonos, mientras que en sus jardines umbrosos, bien protegidos por el recinto cuadrilátero de sus muros, platicaban sobre arte ó filosofía, recitaban estrofas, leían manuscritos que eran herencia del pensamiento

¹ Víctor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Marzo 1896, páginas 349, 350.

antiguo. Esos monasterios religiosos fueron en su mayor parte simples transformaciones de las antiguas quintas galo-romanas, tales como las describe Fustel de Coulanges: cada una formaba una pequeña república una é indivisible, que se bastaba á sí misma y poseía todos los cuerpos de oficio ¹. Hasta siglos después de la caída del mundo romano, el convento conservó la arquitectura y la disposición interior de la quinta patricia ².



QUINTA PATRICIA

Según Ch. Dezobry.

El amor del bien público, la solicitud por los intereses generales quizá tuvieron también su parte en la fundación de los monasterios. Tal comunidad fué sin duda en el origen la tentativa de realización de una sociedad con un objetivo económico que no se relacionaba con la religión más que por sus prácticas tradicionales, de que entonces no era posible prescindir. De ese modo los roturadores de bosques, aunque dándose una constitución monástica, se ocupaban ante todo de la apropiación razonada del suelo; así también los «hos-

¹ G. Tarde, *Les Transformations du Droit*, p. 24.

² Ch. Dezobry, *Rome au siècle d'Auguste*, t. III, lettre 81; Raoul Rozières, *Histoire religieuse de la France*, ps. 69, 70.

pitalarios» se asociaban para ayudar á los peregrinos y á los extranjeros: viviendo en el mundo y para el mundo, estaban animados por un espíritu muy diferente del que entregaba á las maceraciones al egoísta anacoreta. Pero la verdadera revolución religiosa y social se hizo por mediación de los monjes caminantes á quienes la «locura de la cruz» impulsaba á la propaganda de la conversión.

Los que más se ilustraron en esta obra fueron los religiosos originarios de la extremidad nord-occidental de Europa. Constituye una de las admiraciones de la historia que Irlanda, esa tierra rodeada por el Océano salvaje y que permaneció completamente fuera de la civilización griega y latina, haya tenido una parte tan considerable en la doble conversión de los Germanos á la religión cristiana y á unas costumbres más cultas. Ese fenómeno histórico se explica por el hecho capital que Irlanda se había librado de la conquista romana; los pueblos de Erin, no habiendo sido rotos ni envilecidos por la servidumbre, como los Galos y los Bretones, habían conservado más iniciativa y empuje, lo mismo que una mayor libertad que los otros cristianos en su manera de creer; fueron verdaderamente civilizadores, muy instruídos y anhelantes de renovación intelectual. El espíritu de libertad que animó á los misioneros y á los sabios de la verde Erin, contrasta con la rutina de servidumbre que se produjo en todos los demás países. Un irlandés, Scot, «Erígene», fué quien protestó contra el dogma del infierno y predicó la salvación final de todos, añadiendo estas palabras: «La razón procede de Dios, lo mismo que la autoridad de la Iglesia; toda autoridad que no se sostenga por la razón no tiene valor».

La independencia de la tradición irlandesa llega hasta sostener que la obra de la conversión de los indígenas á la fe cristiana se hizo, no por mediación de Roma, sino por apóstoles venidos directamente de Asia; según narraciones antiguas, San Patricio, el predicador y patrón de Irlanda, reconocía la supremacía del obispado de Efeso. Por algunos rasgos de su organización eclesiástica primitiva, la isla difiere completamente de los demás países de la Europa occidental. Había «tribus de santos», bandas viajantes de misioneros que trabajaban libremente para renovar la nación. La sociedad se había constituido en gran parte bajo la forma comunitaria;

numerosos conventos, habitados por matrimonios de agricultores y artesanos, formaban otros tantos centros religiosos, que mandaban jerárquicamente á sus obispos¹. La ruptura con las antiguas instituciones paganas no se hizo tan bruscamente como en otras comarcas del mundo romano, y el mismo San Colomban, el célebre irlandés fundador de la abadía de Luxeuil, abogó con éxito por la conservación del orden de los bardos.

Los apóstoles de Irlanda, muy ardientes por la conversión de los indígenas, reemplazaron gradualmente los druidas sin violentarlos; sin embargo, «las palabras de los misioneros tenían fuerza suficiente para hendir las rocas y derribar los muros». Se cuenta que en 560 una procesión de frailes no necesitó más que sonar unas campanillas para derrumbar las murallas de Tara, residencia del rey de los reyes de Irlanda, así como la trompeta de Josué, dos mil años antes, derribó las murallas de Jericó.

¹ Arbois de Jubainville; — Ernest Nys, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 606.

